

Emir y la frontera gaucha

Valentín Trujillo

Los ecos de Melo siempre retumbaron en la vida de Emir Rodríguez Monegal, como los de la imprenta de su abuelo Cándido Monegal, donde se publicaba el diario *El Deber Cívico*. En esa casa, con papel y olor a tinta fresca, nació Emir una noche de fines de julio de 1921, unos meses después de una innombrada tragedia.

Los olores de las casas altas, las calles adoquinadas pero polvorientas, el aburrimiento infantil, las charlas de la madre, las tías, las amigas: cuando viajaba desde Montevideo a Melo, el niño descubría en las estaciones de tren en medio de la nada nombres que le excitaban la imaginación, que parecían remitir a historias de terror o nombres indescifrables: Fraile Muerto, Tupambaé, y otras.

La frontera latía detrás de la ciudad, los confines del Brasil, las extensiones inmensas mucho más allá de los anchos ríos Tacuarí y Yaguarón. Aún no se ha explicado de forma completa ni con minucia cómo la ciudad de Melo ha sido cuna de tantos escritores e intelectuales. Un departamento que hace gala de un estilo orgulloso y al mismo tiempo primitivo, poco refinado, pero a la vez efectivo y práctico, que se resume en la máxima local “a la manera de Cerro Largo”, al mismo tiempo hizo brotar escritores como Juana de Ibarbourou, Emilio Oribe, Justino Zavala Muniz, Julián Murguía, “Tabaré” Etcheverry, Julio Guerra y, por supuesto, el clan de los Monegal: Cándido, el viejo patriarca, sus hijos Casiano (“Cacho”) y José (“Pepe”). Y Emir, sin dudas. Ese trabajo aún está pendiente.

En el pasado lejano, las líneas de los tratados entre los reinos de España y Portugal trazaron el territorio antes de la llegada de los europeos. Una raya casi vertical cayó en la tinta fresca de los mapas antiguos, desde las actuales Guayanas hasta la boca abierta del Río de la Plata. De un lado, al este, en la panza de Sudamérica, los portugueses; del otro, en el resto del continente, los españoles. En la llamada Banda Oriental, colocaron mojones en medio de lo salvaje, trazaron con marcos de mármol cuyas caras del prisma tenía grabados los escudos de los reinos fronterizos una línea imaginaria que atravesó



geografías, lenguas, cuerpos y mentes. En medio de la línea quedó embolsado el vago territorio donde al parecer se movía la tribu de los arachanes, de los que sabemos, todavía, demasiado poco, si es que acaso no fue un pueblo imaginario. Los académicos aún no se ponen de acuerdo. De un entrevero de luchas entre conquistadores y pueblos precolombinos, de incursiones de *bandeirantes* ladrones de ganado, esclavos libertos o huidos, tapes escapados, gauchos chúcaros, militares y hasta virreyes, revolucionarios de chuza y lanza seca, matreros, carreros y quinteros, funcionarios y recaudadores, bohemios literatos y mujeres fogosas, maestras pacientes, amas de casa y grises seres anónimos se formó el pueblo, el sustrato de la gente.

El tiempo y la casualidad juegan de forma extraña con el destino. En el cuento *La desvergüenza de Adela Pons*, publicado en noviembre de 1908 en la revista *Bohemia*, editada por Julio Alberto Lista, Casiano Monegal describió una circunstancia ficticia pero común en la sociedad de entonces, que se traduciría de forma insólita unos treces años más tarde.

El cuento narra la historia de la mujer del título, Adela Pons, quien luego de un romance fugaz queda embarazada del amante. Escribió Casiano:

La sociedad, jamona casquivana con pujos de censor, habló el idioma perverso de las medias palabras dichas al oído... [...] Sus amigas, deliciosamente horrorizadas le dirigían miradas al vientre, aquel refugio adonde había ido a esconderse un amor bautizado de malsano, y de donde saldría convertido en un chiquillo infamante...



Con horror griego o con la cualidad demoníaca que décadas después el admirado Borges encontraría en los espejos, esa situación ficticia habría de reproducirse de forma insólita en la crudeza de la realidad.

Adela Pons no solo decide seguir adelante con el embarazo y no abortar, sino que además se queda en el pueblo, mostrando a todos “el signo de la derrota, en el hijo que se gestaba en el claustro”. El narrador, que no Casiano, acepta al niño que ha nacido y perjura que “la maternidad jamás es un delito”. Adela Pons no esconde al vástago y hasta alardea frente a la sociedad que la juzga, al mandar tarjetas de invitación para comunicar el nacimiento del pequeño. A pesar del escándalo, la mujer se mantiene firme y osada, y concentra el sentido de su vida en el recién nacido. Lamentablemente, cuando a Casiano le toque de cerca vivir una situación similar con su hermana Hilda Monegal, la respuesta será brutal y extrema, alejada de aquella reflexión literata.

Casiano era un bohemio literato, intelectual melense que como vemos tallaba también en las revistas cultas de la lejana capital y se insertaba en la compleja realidad de Cerro Largo, que integraba y entreveraba a analfabetos gauchos levantiscos, pero que llevaban en la punta de sus lanzas la modernísima reivindicación del voto secreto y el respeto de mayorías y minorías políticas,

con dandis elegantes de pluma tras la oreja y levitas desgarradas por los disparos de maridos engañados. El abuelo de Emir, conocido en la familia como “Papá Viejo”, era Cándido Monegal, editor responsable del diario melense *El Deber Cívico*, definido por el nieto como periodista mujeriego y literato de la prensa que bajaba a Montevideo para participar en los distinguidos bailes del Club Uruguay, frente a la Plaza Matriz, “todo de punta en blanco, envuelto en una capa negra de forro rojo, la barba perfumada, los guantes impecables”.

Cándido había puesto a los hijos varones desde chicos a ejercitar la prosa en la tinta de las hojas familiares, en una casona que aparte de imprenta fungía de librería de la ciudad. Casiano había afinado por años el lápiz en la redacción familiar del *El Deber Cívico*, cuyo nombre presupone los ideales de la información, de la prensa libre como rasgo de democracia y de civilización, del comportamiento de los ciudadanos dignos hacia la República. El desenlace del crimen que lo tuvo por protagonista de una historia de ficción que aún no se ha escrito desnuda de manera brutal las varias caras sociales y culturales de la frontera.

Escribió Joaquín Rodríguez Nebot, hijo de Emir, en un texto desgarrado y desgarrador publicado en 2021 en la revista virtual *ERM*, citando una conversación con su padre en Ciudad de México luego de haber cenado con Octavio Paz, que creía que Casiano Monegal y Héctor Suárez Saravia, padre biológico de Emir, habían quedado envueltos y “atrapados en un universal furioso” de lucha a duelo a lo largo de los tiempos, fueran estas a pedradas, puñal o revólver. Como en una narración borgeana, “fueron protagonistas eternos y la escena aún continúa como ellos como fantasmas en las calles de Melo”, sentenció Rodríguez Nebot.

Fue el otro tío, el tío Pepe, el gran escritor José Monegal, el que rescatará al acomplejado sobrino Emir. Pepe era un cálido fabulador, un inspirado pintor y un lector de vanguardia, de raigambre blanca a pesar de haber estado por décadas vinculado al diario batllista *El Día*, y autor de una destacada biografía del caudillo Aparicio Saravia. En un texto de memorias escrito hacia el final de su vida, Emir describirá a Aparicio como “un caudillo de esa violenta frontera del Uruguay con el Brasil, anacrónico en su revuelta de lanzas y caballos contra un gobierno que ya poseía ametralladoras, cañones y ferrocarriles”. En otro fragmento dirá: “Aunque solo tenía ocho años cuando murió Saravia, es posible que el tío Pepe lo haya visto pasar alguna vez montado en su impecable caballo por las calles de Melo”. El tío Pepe orientó al joven Emir en las lecturas y gustos iniciáticos. Además, el niño Emir recordaba con emoción entrar con respetuoso silencio a un cuarto amplio con olor a trementina y trapos manchados, vacío salvo por el enorme caballete donde se montaba la tela que mostraba un enorme retrato “mitológico” que el tío Pepe había pintado de Aparicio a caballo, “con poncho blanco sobre un fondo de lanzas negras y tierra negra, avanzando veloz como el viento”.



Ese mismo mítico caballo había traído al célebre jinete hasta los postigos mismos de la casa imprenta de Cándido Monegal, y había batido las manos o golpeado en la ventana, para enterarse a través de Cándido de las noticias de Montevideo, porque también allí funcionaba una oficina de telégrafo. Cándido era colorado, una rareza en Melo. “Es de imaginar que las relaciones entre Aparicio y Papá Viejo no iban muy lejos”, escribió Emir en la autobiografía *Las formas de la memoria*.

El tiempo vuelve a jugar en bucle. Mientras Emir era apenas un chiquilín de trece años, antes de que siquiera supiera de la existencia de un escritor argentino llamado Jorge Luis Borges y mucho antes de que el muchacho pudiera imaginar que más de cuatro décadas después escribiría una biografía donde describiría el hecho, Borges viajó a Salto en el verano de 1934 a visitar a su prima Esther Haedo, esposa del escritor Enrique Amorim. Se quedó un par de jornadas en el chalet de vanguardia arquitectónica de Las Nubes, donde Amorim acostumbraba realizar tertulias literarias de relevancia internacional. Luego viajó junto al narrador salteño hasta Rivera y regresó a Argentina. Fue casi un período “ventana”, relativamente breve de solo diez días, de *concentración narrativa*, que Borges vivió y registró particularmente inspirado. Los confines de la frontera uruguaya, cuna de un Emir todavía desconocido, penetraron en la sensibilidad literaria de Borges de la forma más contundente. Conoció de primera mano un espacio particular, donde todavía los pleitos y diferendos se dirimían a los tiros o con el viejo facón criollo, tan cercano a sus admirados poetas Antonio Lussich y José Hernández, que se tradujeron en anécdotas narrativas de varios cuentos fundamentales de la producción borgeana, como por ejemplo *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* y *El muerto*, entre otros.



Borges y Amorim atravesaron grandes extensiones de campo desierto, alineado por antiguas mangueras de piedra, se cruzaron por peones y jinetes barbudos, pernoctaron en estancias perdidas de los departamentos de Rivera y Tacuarembó. Borges asistió, sin saberlo, a un crimen similar al asesinato de Héctor Suárez por el tío Casiano, sucedido en esa misma región trece años antes. En Santa Ana do Livramento vio cómo moría un hombre asesinado, un episodio confuso en una mesa de café junto a la que compartía con Amorim.

Emir cita unas notas para la traducción inglesa de *El Aleph* en las que el autor abordó esos días:

Una estada de diez días en la frontera de Uruguay y Brasil parece haberme impresionado más que todos los reinos del mundo y su gloria, ya que en mi imaginación continuó volviendo a esa experiencia. [...] Más que un viaje hacia el pasado [...] un viaje a través del espacio

escribió Borges.

De todos los cuentos que parió aquel periplo junto a Amorim, quizás el cuento más extraño para Emir fue *La otra muerte*, publicado primero en el suplemento literario del diario argentino *La Nación* y luego integrado al conjunto de cuentos de *El Aleph* (1949).¹ Más allá del factor uruguayo en el argumento fantástico, que versa sobre un combatiente que muere dos veces, una de ellas en la batalla de Masoller, Borges tomó la misteriosa decisión de incluir a Rodríguez Monegal como personaje, lo que produjo en el crítico una enorme preocupación por llegar a comprender las razones de tal inclusión.

Al principio, pensé que se trataba de una broma amistosa, luego pensé que Borges había usado mi nombre porque sabía que yo había nacido en Cerro Largo y necesitaba, por razones de verosimilitud, un nombre de aquellos pagos. Después pensé que era una forma de agradecer una atmósfera gauchesca que tal vez yo le transmitía sin saberlo. En el cuento, Borges afirma que los uruguayos somos más simples y elementales que los argentinos. Tal vez, yo le confirmaba ese juicio (o prejuicio). Somos (cree él), más gauchos.²

escribió Emir en sus memorias.

Para quitarse la espina del misterio, Emir interpeló a Borges sobre el cuento en que aparece y los detalles de las guerras civiles uruguayas. Borges no había leído la biografía de Saravia de su tío Pepe, pero sí había conocido y tratado al otro tío, al oscuro escritor, al tío Cacho. ¿Acaso habría Borges leído el cuento de Casiano Monegal sobre Adela Pons, publicado en la revista *Bohemia*, que de forma inquietante planea sobre el destino próximo del padre de Emir? Es poco probable. ¿Lo habría leído Emir? Imposible decirlo hoy. De haberlo hecho, ¿qué hubiera pensado? ¿También se hubiese creído dentro de un universal de violencia? Nunca lo sabremos. ¿Por qué Borges colocó su nombre en *La otra muerte*? Tampoco. Lo no dicho, lo investigado y no concluido ganan la partida con ironía.

Hay un particular movimiento pendular y paralelo en Borges y en Emir. Mientras un Borges poco experimentado encontró en el Uruguay profundo una conexión hacia vivencias reales que creía desaparecidas, Emir huyó del pueblo fronterizo que fue su cuna, y se apasionó, entre muchos otros, por el escritor erudito que había recibido aquel impacto de la tierra primitiva, la suya, la que había marcado su destino. A tanto llegó la pasión convertida en obsesión que culminó transitando de manera minuciosa y cuidada, etapa a etapa, la vida del otro. De esta forma, regresó un poco a sí mismo.

Además, Emir recorrió el mundo entero, y lo habitó como un ciudadano de las letras que atravesaba líneas en el papel de los mapas y en las páginas.

1 Borges, Jorge Luis. *El Aleph*, Editorial Losada, 1949.

2 Rodríguez Monegal, Emir *Ensayo y memoria*, Colección de Clásicos Uruguayos Biblioteca Artigas, volumen 211, 2019.

Desgranó territorios literarios, desbarató géneros y criterios, escribió ríos de tinta en libretas de profesor, en libros, revistas, semanarios y ensayos académicos. Muy lejos de Melo, casi ningún continente le fue ajeno, y múltiples ciudades soportaron las veredas de sus pasos, los colchones donde se acurrucó, solo o acompañado, los salones donde dictó clases, las salas de teatro y de cine donde reflexionó y sentenció. Como creo interpretar de sus palabras, la frontera gaucha se mantuvo siempre en Emir en condición de latencia, de telón de fondo y presencia apagada, secreta. Planeaba contar, no sabemos hasta cuándo, la versión propia de su vida, pero el reloj lo detuvo y quedó el relato apenas en un primer tomo, en el que se acercó a Melo con el dolor de la herida sin cicatrizar. A pesar de que un viaje final a Montevideo para dictar una conferencia lo acercó a los amigos, los sitios del recuerdo y del cariño, murió muy lejos de donde llegó al mundo, despreocupado de una simetría vital arbitraria.

Pero por otro extraño bucle, a finales de julio de 2021, con motivo de cumplirse el centenario de Emir, el Estado uruguayo y el gobierno de Cerro Largo resolvieron homenajearlo en su tierra. Se escribieron textos en soporte papel y en pantallas, se realizó una conferencia en un abarrotado Teatro España, a la que entre otros concurrieron parientes por el lado de los Suárez. También se nombró una calle con su nombre. En una esquina igual de arbitraria, una placa metálica lo nombra como “loable hijo” de Melo. De alguna forma justa, el regreso de Emir al origen redondeó un círculo inexacto.

